

entregó el sagrado depósito que, merced á San Antonio, había escapado milagrosamente de caer en poder de los franceses. \*

\* El siguiente certificado prueba, en su parte esencial, la verdad del hecho:

"República mexicana.—Línea de Oriente.—General en Jefe.

El C. Porfirio Díaz, General Jefe de la línea de Oriente.

Certifico que el Coronel C. Ignacio Beléndez en la arriesgada comisión que ha traído del Estado de Veracruz y Gobierno general, ha procedido con toda la sagacidad, valor y honradez que era de desearse.

Dado en el Cuartel General en Oaxaca á 8 de Marzo de 1864.—Porfirio Díaz."

De gran provecho fué para la causa de la República la misión del General Beléndez pues logró poner en comunicación al General Díaz con el Gobierno republicano, que después de abandonar sucesivamente las poblaciones de San Luis, Monterrey y el Saltillo había fijado su residencia en Chihuahua. Entre las más importantes disposiciones que dictó el General Díaz, contábase la que tendía á la reorganización de las fuerzas que obraban en la Sierra de Puebla, expidiendo sus órdenes y sus proclamas que hizo circular profusamente el General Beléndez.

El milagroso San Antonio fué, de nuevo, el portador de tales documentos.



## XVI

### HISTORIA DE LA SOCIEDAD FILARMÓNICA.

A mi estimado amigo Melesio Morales.

#### LA CASA DE UN PIANISTA.



LA agrupación de que voy á tratar fué un hermoso meteoro que, al extinguirse, nos dejó el recuerdo de sus vívidos fulgores. Cayó súbitamente derribada, en la fuerza de su vigor, al rudo golpe de las pasiones, como la potente encina por el irresistible poder de una descarga eléctrica. El celo y las pasiones que se agitan en el seno de la Sociedad, que ella misma consiente y estimula, son el

rayo que todo lo aniquila; mas teniendo, por fuerza que vivir en ese medio, sigamos adelante, luchando contra los duros embates de la fortuna.

Grande adoración han rendido siempre los mexicanos, lector amigo, á la musa Euterpe, y nada extraño es, por tanto, que hayan brillado en nuestro México músicos distinguidos como Beristáin, Gómez, Bustamante, Valle y otros muchos á quienes la divina musa otorgó sus favores.

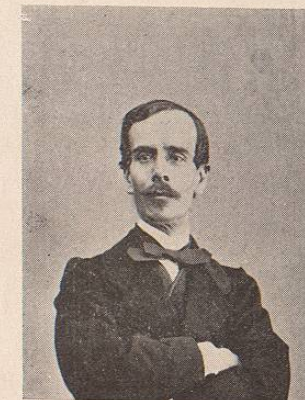
En la historia que voy á referir, aparece en primer lugar un artista, modesto á la par que ilustre. Don Tomás León, pianista distinguido, maestro excelente, amigo sincero é



TOMAS LEON.

inmejorable padre de familia, era una personalidad que á las relevantes cualidades enunciadas, adunaba un exquisito trato, gran entusiasmo por el arte que profesaba y una modestia suma que lo inclinaba siempre á reconocer, ¡cosa rara en los de su profesión! el mérito de los demás, sin hacer ostentación del propio. Cuantos artistas llegaban á la Capital eran acogidos con beneplácito en la casa del hábil pianista, quien les proporcionaba idóneos oyentes, y tanto los encomiaba por todas partes que al presentarse aquéllos en el teatro, precedidos de la reputación que les había formado, eran saludados por el público con nutridos aplausos. Tan delirante era León por el divino arte, que no desperdiciaba ocasión para recrear su ánimo, en unión de sus amigos que por aquél mostraban igual afición, ejecutando en el piano esas sublimes obras de la música clásica, en la que el fino oído percibe inefables melodías, medio veladas por la riqueza de las combinaciones sinfónicas. Sebastián Bach, Mozart, Beethoven, Haydn y Mendelssohn eran los maestros favoritos, cuyas obras alternaban con las de Rossini, Meyerbeer, Verdi, Gounod, Chopin y otros de relevante mérito. Casi siempre acompañaba á León Aniceto Ortega, el gran filarmónico por intuición, el médico hábil por sus profundos conocimientos, el literato distinguido por su vasta instrucción y facultad imaginativa, el hombre de sociedad por su fina educación

y, para mí, por su bello carácter, uno de mis mejores y más queridos amigos. Otras veces poníase al piano Melesio Morales para darnos á conocer diversos trozos de su ópera *Udegon-*



ANICETO ORTEGA.

da ó bien el mismo Aniceto nos deleitaba con su *Invocación á Beethoven*, sus nocturnos y sus valsos tan originales, delicados y llenos de gracia. En las composiciones de Aniceto se reflejaban la belleza de su carácter y la elevación de sus sentimientos, comprobando más que ninguno otro lo de que el estilo es el hombre, y en la ejecución de aquéllas veíase al maestro que obligaba al piano, á fuerza de delicadeza, á dar toda la expresión de que eran susceptibles las bellas y conmovedoras frases de sus composiciones. Aniceto, con un ligero movimiento del hombro derecho para apoyar su mano en el teclado, hacía cantar ó suspirar al instrumento.

Los más asíduos concurrentes á tan agradables tertulias eran Aniceto y el Dr. Ortega, Francisco Villalobos, Melesio Morales, Julio Ituarte, aventajado discípulo de León; Don José Ignacio Durán, Director de la Escuela de Medicina; Don José Urbano Fonseca, Abogado distinguido; Don Agustín Siliceo, el Doctor Eduardo Licéaga, Don Ramón Terros, Don Jesús Dueñas y el que esto escribe.

#### UNA SINFONIA DE BEETHOVEN.

Nunca olvidaré los entretenimientos musicales en la casa de Tomás León y, sobre todo, el de una tarde en que la naturaleza, por una feliz coincidencia, asoció á una de las más hermosas concepciones musicales, una de sus

manifestaciones más sublimes. Ejecutábase á cuatro manos la bella *Pastoral* de Beethoven, esa excelsa sinfonía, en la que las graciosas escenas campestres se desarrollan en la florida vega de un arroyo murmurante y son interrumpidas por las primeras ráfagas del huracán, precursoras de una tempestad deshecha. Los relámpagos se suceden y los truenos, á veces intermitentes y á veces continuados, arrecian por momentos, hasta que los elementos desencadenados dan lugar á la espantosa tempestad. Ejecutaban León y Ortega esa sublime parte de la sinfonía, con el vigor que ella requiere, en los momentos en que la naturaleza se manifestaba terrible y majestuosa; el agua caía á torrentes, azotando con estrépito las vidrieras de las ventanas, y una atronadora descarga eléctrica en el cercano templo de Santo Domingo nos hizo estremecer y poder apreciar doblemente las enérgicas frases musicales del gran compositor. La tempestad verdadera, á la vez que la imitativa, fué calmando poco á poco, hasta volver aquélla su completa tranquilidad al tiempo y permitiéndonos ésta escuchar con deleite el canto religioso, tierno y melancólico que, al retirarse los campesinos, elevaban al Ser Supremo, en acción de gracias por haberlos libertado de la pasada tormenta.

#### EL CLUB FILARMÓNICO.

Estaba para terminar el año de 1865 y actuaba en el gran teatro, llamado entonces imperial, la Compañía de Opera Biacchi, á la sazón que éste se hallaba irritado contra el Gobierno de Maximiliano, á causa de no habersele pagado una subvención ofrecida antes de partir para Europa, á fin de formar su Compañía, entre cuyos artistas debía contarse á la Peralta. Bajo tan malos auspicios, maestros y aficionados al divino arte, que se reunían en la casa de Tomás León, adoptaron de común acuerdo, la idea de presentarse al empresario Biacchi, con el carácter de comisionados del *Club filarmónico*, á fin de excitarlo para que pusiese en escena la ópera *Ildegonda* del Maestro Morales, pláticas que habían sido ya iniciadas por el mismo Maestro y por su ami-

go Don Jesús Dueñas. Tanto por la estimación que todos profesábamos al compositor, como por el patriótico deseo que nos animaba de que la obra, cuyos principales temas nos eran conocidos, tuviese un éxito trascendental, nos dirigimos un domingo, por la tarde, al gran teatro y en su pórtico tuvimos con el empresario Biacchi, la deseada conferencia. Personas respetabilísimas, como Don José Urbano Fonseca y Don José Ignacio Durán, expusieron con la finura que les era característica el objeto de nuestra misión, insinuando los medios que pudieran conciliar los intereses de la Empresa y los de nuestro protegido. La buena disposición que abrigaba el empresario según se nos había manifestado, para proteger á un autor mexicano, no se mostró en esa vez, pues con sequedad contestó á la proposición, en estos términos:

—Conozco la obra de Morales y la juzgo buena, pero no me decidiré á ponerla en escena porque el nombre mexicano del autor (y recalco la frase) perjudicaría mis intereses y más cuando tengo en estudio la *Ione* de Petrella, que me promete buenas utilidades.

¡Triste concepto de un extranjero respecto de nuestro público, pero que, desgraciadamente, tenía en qué fundarlo!

Algo decepcionados nos retiramos del pórtico del teatro y ya en la calle de Vergara, díjeme al Sr. Durán:

—Va á tenernos el empresario en mala opinión, cuando sepa que nuestra sociedad no tiene el título que le hemos expresado.

—Tiene usted razón, me contestó, pero fácil es el remedio, y dirigiéndose á todos, dijo:

—Regresemos á la casa de León para proceder en el acto, á instalar el "Club filarmónico."

Si como asienta mi buen amigo Enrique de Olavarría, en su interesante *Reseña histórica del teatro en México*, tal título había sido sugerido, antes, por Don Joaquín Patiño, experto conocedor de las triquiñuelas del teatro, hasta los momentos de nuestra conferencia con Biacchi el nombre de nuestra sociedad no había sido aceptado de una manera oficial.

Instalados todos en la casa de Tomás León se nombró la Mesa Directiva y se confió al claro talento de Aniceto Ortega la formación del reglamento.

#### UN ALBOROTO EN EL TEATRO.

A la vez que el club se organizaba proseguía sus conferencias con el empresario Biacchi por medio de su comisión, para ver de poner en escena la expresada ópera de Morales. Desechadas las proposiciones del club, y siendo inadmisibles las exigencias del empresario que, como era natural, sólo miraba por sus intereses, aumentábanse cada día las dificultades que se presentaban para la realización del pensamiento, en que se habían empeñado los amigos del compositor. Agriéronse los ánimos por una y otra parte, dando esto lugar á enojosas contestaciones por escrito, las que siendo trasladadas por el público, determinaron el alboroto que estalló en el gran teatro, la noche del 14 de Noviembre. Ejecutábase el *Baile de Máscaras*, y durante el primer entreacto, el público de la galería, en el que se contaban muchos alumnos de la Escuela de Bellas Artes, secundado por el del patio, pidió á gritos acompañados de palmadas, y por medio de un cartel que decía *Ildegonda* sostenido en la barandilla de aquélla por el negro Laymón criado de la actriz María Cañeta y por el individuo á quien llamaban el *tuerto Suárez*, que la empresa se decidiese á poner en escena la expresada obra mexicana. La bulla acrecía, más y más, impidiendo la continuación de la hermosa partitura de Verdi, hasta que el empresario mandó levantar el telón y se presentó ante el público manifestando que estaba dispuesto á complacerle, y con tal declaración los concurrentes prosiguieron gozando, sin interrupción de la música del gran maestro italiano, magistralmente desempeñada por el insigne tenor Mazzoleni.

Al día siguiente el empresario Anibale Biacchi, mohino por el alboroto aquel, dió un manifiesto al público, en el que nos ponía como chupa de domine á los que formábamos la comisión del Club filarmónico, exponiendo además, que trataría del asunto solamente con el maestro Morales. Por lo que toca á mí, bien merecía la filípica, pues confieso que no fuí extraño á esa bulla que causara enojos á un empresario tan duro de pelar.

En el expresado manifiesto, hacíase al Gobierno de Maximiliano el terrible cargo de negarse á satisfacer, en tales momentos, la sub-

vención de 5,000 pesos, oficialmente ofrecida por el Ministerio de Gobernación, en virtud de la cual habíase visto obligada la misma empresa á contratar en Europa, á la cantante mexicana Angela Peralta. La junta inspectora de teatros llamó la atención del Gobierno Imperial sobre tal hecho, que reconocía por causa la disposición del nuevo Ministro de Gobernación que suprimía, por economía, las subvenciones á los espectáculos teatrales. Maximiliano ordenó que se pagase á Biacchi su crédito con aplicación á la lista civil.

#### EL RUISEÑOR MEXICANO.

Hallábase la cuestión Morales en el estado indicado en el capítulo anterior, cuando llegó á la Capital la eminente cantante mexicana Angela Peralta, precedida de fama europea y en la plenitud de sus hermosas facultades artísticas. El veleidoso público, dispuesto para ensalzar ó para desdeñar, según las circunstancias, se dirigió esa vez á la garita de San Antonio Abad, la noche del 20 de Noviembre, para recibir á la angélica artista, como la llamaba su maestro Lamperti, Angélica por su nombre y por su voz. La expresada garita, las calles y calzada del tránsito, se hallaban invadidas por la entusiasta multitud; gente de á pie y de á caballo, señoras en carretelas abiertas, hombres y muchachos con hachones y faroles, todos confundían su algarrabía con los alegres acordes de una música de viento. Al llegar la artista mexicana á la garita, fué saludada con ¡vivas! y estrepitosos aplausos, y con los bellos acordes del Himno Nacional; leyéronsele poesías, y fué ofrecida una hermosa corona por los alumnos de la Academia de Bellas Artes, siempre dispuestos para glorificar todo aquello que pudiera redundar en honra y prestigio de nuestra patria. Abriendo la marcha gran número de jinetes, desfiló la multitud, precediendo la carretela que, tirada por cuatro frisonas, conducía á la mimada artista, y siguió por las calles del Rastro, Jesús, Portaceli, Flamencos, Plaza de Armas, Plateros y Calle de Vergara, en la que tenía aquélla su alojamiento.

El martes 28 de Noviembre se presentó Angela Peralta ante el público, en el gran tea-

tro, desempeñando el papel de Amina en la *Semnámbula*. La cantante que con tal obra se estrenaba, debía confiar mucho en sus grandes facultades, cuando las ponía de manifiesto ante un público que había apreciado en todo su valor, las inmensas de otra estrella del arte, la egregia Enriqueta Sontag, astro brillante que cruzó por nuestro cielo para extinguirse prontamente. Los años de 1854, 1865 y 1886



ANGELA PERALTA.

marcan en los fastos líricos de México, tres épocas memorables, siendo la de 1865, el lazo de unión de las otras dos, aquella en que el Ruiseñor mexicano lanzaba sus dulces trinos, reproduciendo los tiernos y melodiosos de la cantante alemana, y dejaba vivos, para lo futuro, los que debían confundirse con los armoniosos de la artista italiana, Adelina Patti.

Tan excelentes fueron las tres cantantes, que á ninguna puede asignarse la palma de la victoria, pues todas, por igual, deleitaron al público de México. La Peralta, á su argentina voz adunaba la flexibilidad y delicadeza vocal de la Sontag y el arte de la Patti, aunque desgraciadamente, ni de una ni de otra, poseía la hermosura individual, circunstancia desfavorable para el teatro, que, á no existir, Europa nos habría arrebatado, para siempre, á nuestra insigne compatriota, cuya fama de excelsa cantante pregonaban en Europa, *Le Monde artistique* de París, y los periódicos musicales de Milán, Turín, Bérgamo, Reggio, Alejandría, Pisa, Cremona, Lisboa, Barcelona y Madrid.

## EJECUCION DE LA OPERA "ILDEGONDA."

El pago de la subvención concedida á la Empresa de la Opera, los primeros triunfos de

la Peralta y, sobre todo, el ofrecimiento hecho por el mismo Gobierno de Maximiliano, de cubrir el déficit que resultase en contra del compositor Morales, por tres representaciones de su ópera, estimadas en seis mil pesos, templaron el corazón del empresario y allanaron todas las dificultades; de suerte que el público de la Capital tuvo ocasión de aplaudir al maestro mexicano la noche del sábado 27 de Enero de 1866, de llamarlo á la escena repetidas veces y de coronarlo por mano de la insigne Peralta. Repitióse la ópera las noches del 28 del mismo mes y 4 de Febrero y por última vez la tarde del siguiente domingo 11. La función del día 4 fué á beneficio del autor, en la cual el distinguido barítono español Don Mariano Padilla cantó la célebre romanza *María de Rudens* y el Ruiseñor mexicano las variaciones del *Carnaval de Venecia*, tan llenas de gracia y ejecutadas con destreza admirable. Llenaba el teatro un público entusiasta, demostrando con sus frecuentes y nutridos aplausos la estimación con que había acogido la partitura, siendo coronado el autor por los artistas de la Compañía.

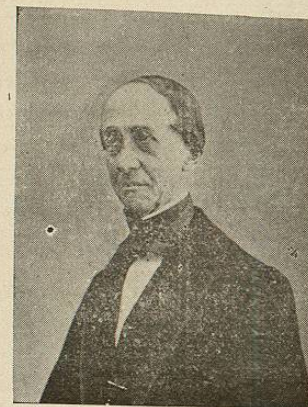
Si la mencionada ópera no ha sido escuchada en las siguientes temporadas líricas, culpa ha sido del indiferente y desdenoso público, que, como dijo Biacchi, no da valor á las obras de sus compatriotas, exigiéndolas perfectas desde los primeros ensayos. Si tal desdén hubiese reinado en Italia, Verdi no hubiera sido lo que fué, el sobresaliente maestro de la grande Opera.

Poco tiempo después Morales salió de México con dirección á Italia para recoger, tras de tantos afanes, los laureles de la victoria en el teatro Pagliano, de Florencia.

## LA SOCIEDAD FILARMÓNICA.

Los hechos referidos fueron los preludios del establecimiento de la benemérita asociación cuya historia es el asunto principal de este escrito. El club filarmónico, que en medio de tantas luchas inauguró sus trabajos, dióse su Reglamento y siguió denominándose "Sociedad Filarmónica Mexicana," instalándose con tal carácter y con 74 socios el 14 de Enero del mencionado año de 1866. Agrupándose en

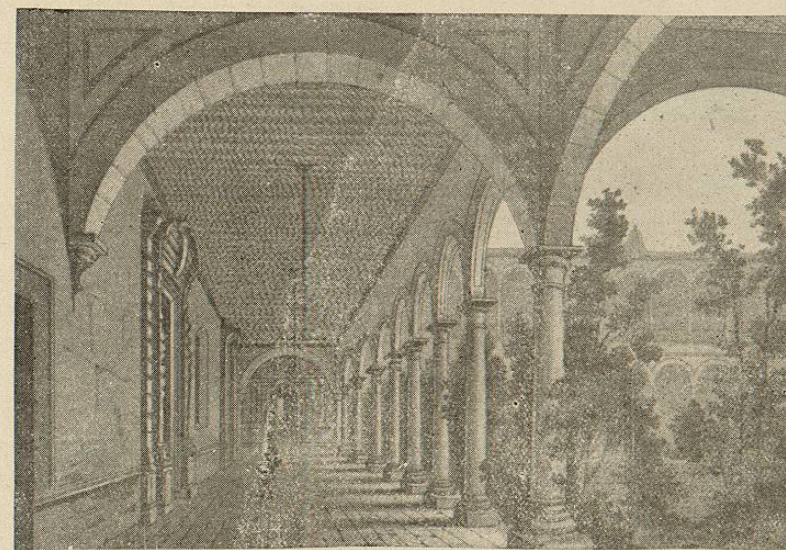
torno de aquel núcleo de artistas y aficionados, que surgió de la casa de Tomás León, todos los que profesaban el arte musical y otros muchos que por afecto á él se inscribieron en el catálogo de los socios literatos y protectores. Desde esos momentos la hermosa Euterpe se exhibió revestida con sus más preciosas galas. La Sociedad Filarmónica dió señales inequívocas, al nacer, de su gran vitalidad y marcó con su existencia en México una era del adelantamiento del arte filarmónico.



DR. DON JOSE IGNACIO DURAN.

Seguir paso á paso los progresos de la Sociedad, exponiendo todos sus actos, dirigidos con fe, constancia y energía á un mismo fin, cansaría al lector, y para no hacer difusa mi

partamento de aquella, en el histórico patio de los Naranjos de la antigua Inquisición. En ese patio, que se adornaba con cortinajes y festones, ó bien en un salón adyacente, diéronse los primeros conciertos semanarios. Allí brillaron, como verdaderos astros del canto, Joaquina y Felicitas González, Soledad Vallejo, Angela González, Pepa y Jesús Contreras, Paz Castillo de Becerril, Jesús Camiña, Clotilde Espino de Cardena y Josefa Lebrija de Razo y otras más cuyos nombres siento no recordar. Allí se oían con delicia la aria del delirio de la *Linda de Chamouny*, cantada por Joaquina González con el entusiasmo y brío que le eran característicos, la sentimental *Serenata de Schubert*, dicha con la voz dulce y melodiosa de Felicitas, hermana de la anterior, y la aria de Mahometo, enérgicamente expresada por la fascinadora contralto Josefa Lebrija de Razo. Allí resonaron las tiernas melodías del *Stabat Mater* de Rossini, en cuya magistral ejecución las cantantes producían en el escogido auditorio inefable conmoción, sobre todo en aquel momento en que la Razo, con su potente y enérgica voz, daba fin á su cavatina con la frase



PATIO DEL CONSERVATORIO.

narración, me limitaré á referir aquellos que más prestigio le dieron.

Don José Ignacio Durán, Director de nuestra afamada Escuela de Medicina, protector insigne de la instrucción pública é iniciador de la Sociedad, dió albergue á ésta en un de-

*ab amorem filii*, y entonaba luego Clotilde Espino el *Inflamatus* con aquella dulce y apasionada voz que Dios le concedió; y allí, por último, León, nos deleitaba con la correcta interpretación de las obras de Chopín, y sobre todo de las bellas sonatas de Beethoven, Ituar-